



www.loqueleo.com

© Del texto:

La maldición, herederos de Elisa Ayala González
Se ha perdido una niña, herederos de José de la Cuadra
El antropófago, herederos de Pablo Palacio
Cholo Ashco, Jorge Icaza, publicado bajo permiso de Libresa
El cholo que odió la plata, herederos de Demetrio Aguilera Malta
El guaraguao, herederos de Joaquín Gallegos Lara
El malo, herederos de Enrique Gil Gilbert
Los hijos blancos, herederos de Adalberto Ortiz
El cóndor ciego, herederos de César Dávila Andrade
Historia con batallas y botellas, herederos de Rafael Díaz Ycaza
¿Qué será de mí?, Raúl Pérez Torres
Grafiti, Iván Égüez
La historia de los libros comestibles, Abdón Ubidia
Thecla Teresina, Javier Vásconez, publicado bajo permiso de Veintisiete Letras
El silencioso cómplice, Jorge Dávila Vázquez
Caterpillar Sánchez, Jorge Velasco Mackenzie
La vida es sueño, Gilda Holst
Profundo en la galaxia, Santiago Páez
Apocalípticos de parque, Raúl Vallejo
Bus escolar, Lucrecia Maldonado
Nota de carácter deportivo, Carolina Andrade
Flamius rex, Solange Rodríguez

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-559-3

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Marzo 2011

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2016

Décima quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Selección, prólogo y estudio de la obra: Cecilia Ansaldo Briones

Actividades: Liset Lantigua

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: María Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Antología del cuento ecuatoriano

Selección y prólogo: Cecilia Ansaldo Briones



loqueleo

Índice



Prólogo	9
La maldición	13
ELISA AYALA GONZÁLEZ	
Se ha perdido una niña	25
JOSÉ DE LA CUADRA	
El antropófago	39
PABLO PALACIO	
Cholo Ashco	49
JORGE ICAZA	
El cholo que odió la plata	67
DEMETRIO AGUILERA MALTA	
El guaraguao	71
JOAQUÍN GALLEGOS LARA	
El malo	77
ENRIQUE GIL GILBERT	
Los hijos blancos	87
ADALBERTO ORTIZ	
El cóndor ciego	95
CÉSAR DÁVILA ANDRADE	

Historia con batallas y botellas	103
RAFAEL DÍAZ YCAZA	
¿Qué será de mí?	107
RAÚL PÉREZ TORRES	
Grafiti	113
IVÁN ÉGÜEZ	
La historia de los libros comestibles	119
ABDÓN UBIDIA	
Thecla Teresina	131
JAVIER VÁSCONEZ	
El silencioso cómplice	151
JORGE DÁVILA VÁZQUEZ	
Caterpillar Sánchez	153
JORGE VELASCO MACKENZIE	
La vida es sueño	159
GILDA HOLST	
Profundo en la galaxia	163
SANTIAGO PÁEZ	
El virus del génesis	177
RAÚL VALLEJO	
Bus escolar	185
LUCRECIA MALDONADO	
Nota de carácter deportivo	191
CAROLINA ÁNDRADE	
Flamius rex	197
SOLANGE RODRÍGUEZ	
Sobre los autores	201
Estudio de la obra	211
Cuaderno de análisis	219

Prólogo

Por Cecilia Ansaldo Briones



Todavía hay que limpiar la palabra *cuento* de connotaciones reductoras. No se trata de una expresión menor de la narrativa, ni está circunscrita al ámbito infantil o juvenil. Se trata de todo un género literario —eso sí, más joven que sus compañeros derivados del amplio cauce de la épica— que a lo largo de su historia fue tomando forma y preferencia en momentos claves y bajo selectas plumas. Su origen oral y popular explica que se haya mantenido fuera de los ámbitos de la literatura impresa que ostentaba un rango socialmente mayor. Pero allí estaba, en labios del pueblo, la capacidad de contar, de entregar entretenimiento con historias imaginarias que recogían los temores, los sueños y las ambiciones de los seres humanos. La condición analfabeta de los hombres y mujeres no limitó esa veta inventiva y creadora que impulsa a recoger la vida en narraciones interesantes.

¿Quién no identificaría como cuentos los relatos del *Decamerón*? ¿Quién le negaría ese rango a la colección de historias que Cervantes publicó bajo el rubro de *Novelas ejemplares*? Entre los saltos históricos que da esta clase de piezas narrativas hay que detenerse a fines del siglo XIX para encontrar el ingreso del cuento a la literatura ilustrada. Autores como

Guy de Maupassant, de Francia; Anton Chejov, de Rusia; y Oscar Wilde, del entonces Reino Unido, escribieron maravillosos textos que solidificaron el cuento en estructura y variedad temática.

Cabe aclarar qué se entiende por *cuento*. Lo primero, aceptar que la extensión o número de páginas de este género no es una causa sino un efecto. Como la motivación y los propósitos narrativos son muy específicos (una imagen, un sueño, una sensación, un aspecto mínimo de la realidad), la brevedad del cuento va implícita a privilegiar la búsqueda de una intención comunicativa. Por eso el cuento se ha ganado metáforas muy famosas: el efecto de una pelea en que el boxeador gana por K. O. o una saeta que da en el blanco.

Como participante de los rasgos de toda narración, el cuento tiene cada uno de los elementos de tal progenie: un narrador que puede ostentar cualquiera de las posiciones de la novela (omnisciente, testigo, protagonista, etc.), unos personajes solo dibujados con los específicos rasgos que requiere la intención, un escenario para los hechos, un tiempo de desarrollo de la acción, por mínima que fuere... Y si puedo agregar otra metáfora, valga decir que mientras una novela es un árbol y un cuento es una rama, ambos provienen de las sólidas raíces de la narratividad.

El cuento en Ecuador

El cuento ecuatoriano tiene más de cien años de historia y saludable vigor en el presente. Se gestó en el costumbrismo del siglo XIX, alimentado por esa vertiente alegre y crítica que nació en el periodismo y que se llama *artículo de*

costumbres. Juan León Mera puso su cuota en esos inicios. Pero el empujón señero proviene del realismo y la Generación del 30. Un libro como *Los que se van* (1930) marca varios hitos y uno de ellos es el cultivo de cuentos precisos, lacónicos, que significan más de lo que dicen. Su inmersión en los ambientes rurales y marinos, con personajes que identifican el medio de donde provienen por una manera particular de hablar, instaló una forma de escribir que tuvo larga secuela. La intención de denuncia y de protesta por los agudos problemas sociales que trataba es un rasgo dominante y visible de esa etapa que se empezó a superar a partir de 1950.

Los narradores que desarrollaron su obra en la década de los 50 fueron considerados epígonos —seguidores de una corriente anterior— del realismo, pero en días actuales la crítica ha revalorizado la singularidad del trabajo de escritores como César Dávila Andrade, Rafael Díaz Icaza y otros.

Desde 1970 en adelante se puede identificar la «nueva narrativa ecuatoriana», aunque el adjetivo *nueva* siempre gane inadecuación con el paso del tiempo. Los autores buscaron renovación impulsados por hechos políticos y económicos esperanzadores en América Latina y el país —la Revolución cubana, la explotación del petróleo— y el buen ejemplo de la obra multifacética del *boom* latinoamericano. La cuentística de este tiempo revela a autores interesados teóricamente en el hecho literario, preparados para experimentar con estilos y estructuras y que, fusionados con la realidad, eligen puntos de vista narrativos de personajes que se presentan a sí mismos en sus discursos. Campea la subjetividad y la oralidad en sus relatos.

La fe en los talleres literarios —vigentes en el país desde mediados de los 80— permitió el ejercicio literario de la expresión y la crítica, conjuntamente, al darle espacio de crecimiento a jóvenes que pusieron en común sus piezas personales con el ánimo de ganar una primera instancia de lectura ajena. Muchos de los narradores que tienen hoy no más de 50 años, vivieron su etapa de talleristas (Holst, Vallejo, Andrade, Rodríguez) y ya sea a partir de esa experiencia o con ese impulso, continuaron su camino de escritores.

Los últimos años han ampliado el registro de la escritura de cuentos. Terrenos como el de la literatura policiaca, fantástica y de terror han encontrado cultores entre nosotros. Los lectores —así como el cine, el periodismo y toda clase de lenguajes heterodoxos, como los grafitis— han influido en los autores de tal manera que han sido tomados en cuenta a la hora de escribir, en una positiva dialéctica de intercambios. Y en esa dinámica, todos hemos salido ganando.

La maldición

ELISA AYALA GONZÁLEZ



A orillas del Chápulo, bajo la sombra de los cacaotales, escalonábase una rancharía; y a poca distancia de ella, en humildísimo casucho techado de bijao, habitaba Pedro Vélez en unión de su familia.

Pedro era un trabajador de nuestros campos; tocaba ya en la cincuentena y aún manteníase ágil y fuerte. La familia componíanla la mujer: cholita, joven, alegre y vivaracha, llamada Rosa; y tres hijos: Fermín, el mayor, de trece años de edad; Atanasio, de diez; y Teresa, de ocho.

Comenzaba el mes de junio y la cosecha del cacao tocaba a su término. Pronto, los trabajadores trocarían la palanca por el machete para dedicarse a la roza y socla de las huertas; entonces, la cuadrilla de muchachos que durante las cosechas ayuda en el trabajo, recogiendo el cacao, despojándolo de su cáscara, y conduciéndolo luego en mulas a los tendales de la hacienda donde va a secarse; la cuadrilla demasiado débil aún para ayudar en el trabajo de la roza, vagaría libre, pudiendo a su antojo dedicarse a los juegos y correrías. Tan pronto marcharían buscando árboles frutales, para hartarse de zapotes, caimitos y pomarrosas; como irían en pos de nidos de azulejos y consejeros; o bien

se dirigirían al río, a pescar camarones, o zambullir en las ondas los desnudos cuerpos, bronceados por la caricia del sol ecuatorial. Allí era donde la revoltosa cuadrilla gozaba más, prorrumpiendo en alegres o temerosos gritos, según los motivara un chapuzón feliz, la captura de un pececillo, o el repentino hedor a almizcle, precursor casi siempre del feroz caimán, que oculto bajo las enormes masas de lechuga flotantes en el río, acecha desde ellas a su víctima.

Pero la niñez hasta en el peligro se recrea, e imaginar el ataque del caimán era, para los muchachos, nueva causa de algazara y regocijo. «¡Que viene el lagarto!», gritaban los más atrevidos a los pequeños o a los tímidos, y todos huían a la orilla, unos riendo, otros temblando. Cada noche el caimán recorría las orillas, haciendo presa en el perro, gallina o cerdo que encontraba; y cada noche los muchachos estremecíanse al escuchar desde sus ranchos, el grito de la víctima y los bufidos y coletazos del saurio. Pero a la mañana siguiente, cuando el brillante sol hacía chispear las aguas, mostrando bajo el límpido cristal las guijas y arenas del fondo; cuando el azul-turquí del cielo era tan bello, y los pericos y loros en los altos palos prietos picoteaban aquí y allá, esparciendo una lluvia de rojas flores, atronando el aire con su algarabía, ¿quién iba a temerle al caimán?, ¿quién iba a pensar en la muerte?

Pedro y su familia tenían muchas amistades en la rancharía, por lo cual, Fermín y Atanasio, solicitados continuamente por los amigos, casi nunca hallábanse en casa; y aunque Rosa amábales tiernamente, no oponía obstáculos a tales correrías. Antes bien, cuando Pedro extremaba sus observaciones y trataba de corregirlos, ella tomaba la defensa de sus

hijos, y con frecuencia se originaban disgustos a causa sobre todo de Fermín, por quien Rosa tenía preferencia, y que, sabiéndolo, mostrábase cada día más altanero e indomable.

Pedro predecía con ese sistema muchos males para el futuro, pero ella se encogía de hombros sin preocuparse, ni menos creer que tal cosa llegaría a ser verdad.

Cierta tarde, conversando Fermín con un amigo llamado Andrés, contole este que, en la orilla del río, frente a un frondoso pechiche, reuníase cada mañana gran cantidad de camarones. Despertase al saberlo la codicia de Fermín, y se prometió ir a pescarlos al siguiente día, aun cuando su padre había de enojarse al verlo faltar al trabajo; ¡no importaba; Rosa, como siempre, lo defendería! Aquella noche pasó largo tiempo desvelado con la idea de la pesca y del pretexto que inventaría para engañar a Pedro.

En efecto, a la siguiente mañana fingiose enfermo, y acostado en una hamaquita cercana a la escalera, rehusó las instancias que hiciera su padre para marchar al trabajo. Insistía Pedro sin conseguir nada, hasta que, enfurecido ya, se dirigió a él asiéndole por un brazo, y con una violenta sacudida lo sacó de la hamaca, repitiéndole:

—¡Te he dicho que vas al trabajo, y vas!

Fermín lanzó un grito de dolor y de rabia, gruñendo furioso:

—No voy. ¡No quiero ir!

Pedro alzó el brazo para castigarlo, pero Rosa se interpuso y, volviéndose al muchacho, díjole en tono de ruego:

—Anda, Fermín.

Este sintió crecer su furia, y rencoroso contra la que no tomaba su defensa, le respondió con insolencia:

—¡No voy, no me da la gana de ir!

Ante tamaña audacia, Pedro se quedó un momento atónito; no creía que tan pronto el cachorro se convirtiera en león.

—Vos querés quedar hoy rompido de un hueso, o que te abra la cabeza —gritó con los dientes apretados y temeroso él mismo de dejar estallar su cólera.

El furor de Fermín y su soberbia ya no reconocieron límites:

—¡Pegarme a mí! ¡Cuidado sea yo, viejo chocho, quien te zurre!

No fue voz, fue un rugido el que exhaló Pedro al lanzarse contra su hijo, pero este, con sorprendente agilidad, salvó de un salto la escalera, y corriendo como un gamo se internó en la huerta.

Lívido de rabia, con los ojos inyectados en sangre, desencajado, trémulo, espantoso, tendió el padre con terrible ademán los cerrados puños en dirección al fugitivo y balbuceó roncamente:

—¡Mardito seas mil veces, hijo del diablo!, ¡permita Dios que te caigas muerto ya mesmo!, ¡que te muerda una culebra o te despedace un lagarto!, ¡ojalá que jamás vuelva yo a verte vivo!

Rosa se aferró con ambas manos al brazo de su marido, diciéndole, bañada en lágrimas:

—¡Oh, por Dios, no lo mardigas así!, ¡perdónalo!

Con una brusca sacudida, Pedro se libró de su mujer, y dio algunas vueltas por el cuarto vacilando como si estuviese ebrio. Luego, viendo a Atanasio y a Teresa que lloraban asustados, trató de serenarse, pero el rencor y la ira le cegaban todavía.

—¡Perdonarlo! —murmuró como si esta palabra lo ahogase—. ¡Nunca! ¡Manque lo veo muerto!

Y ceñudo y trágico, cogió la palanca que se hallaba arriada a la pared, calóse un viejo sombrero y se marchó.

Rosa permaneció buen rato como anonada. La acción de Fermín le había abierto los ojos bruscamente. Por primera vez comprendió que las recriminaciones de Pedro eran justas, que ella con sus condescendencias y mimos tenía la culpa de todo; y al pensar que sobre la cabeza de Fermín pesaba el terrible anatema de la maldición paterna, deshacía en lágrimas y sollozos, y como sucede siempre a las madres al considerar las posibles desgracias del hijo, sentía crecer en su corazón el amor y conmiseración por él.

Cansada al fin de lágrimas y reflexiones, volvió en el acuerdo de sus quehaceres y dedicose nuevamente a ellos con gesto doloroso y ojos enrojecidos.

II

Lentas transcurrían las horas, cuando de pronto, rompiendo el silencio reinante, se oyó un grito angustioso, desesperado, terrible; uno de esos gritos que hielan la sangre en las venas, y que una vez oídos jamás pueden olvidarse; un grito de dolor, de espanto, de agonía, pero tan indistinto, tan lejano, que luego de haberse extinguido, quedaba la duda de si en realidad se escuchó o fue solo una ilusión de los sentidos. Rosa se sobresaltó y tuvo una de esas corazonadas que se llaman presentimientos.

—¿Has oído? —preguntó trémula a Teresa—, ¿será Fermín?

—¿Y por qué había él de gritar así? Sin duda fue un perico-ligero.

—¡No, era el grito de un cristiano!, ¡quizás le ha pasado algo a Fermín! ¿ahónde se habrá ido? Anda, Atanasio, corre, hijito, a buscarlo; dile que venga, que ya no estoy brava, que lo estoy esperando.

Atanasio, que medio dormitaba en la hamaca, levantose contento de tener pretexto para dar un paseo y se marchó.

Durante buen espacio de tiempo esperó Rosa la vuelta de sus hijos, no pudiendo por último dominar su inquietud, encomendó a Teresa el cuidado del rancho y partió en busca de ellos. Al llegar a la ranchería, fue de casa en casa, preguntando, inquiriendo; nadie había visto a Fermín, pero sin duda pronto lo hallaría Atanasio, pues se había internado en la huerta buscándolo. Descorazonada, oprimida por horribles presentimientos, volvió a desandar lo andado, y al llegar a casa, sobreponiéndose a sus angustias, dedicose a preparar la merienda, acechando frecuentemente el camino.

Pronto regresó Pedro del trabajo. Manteníase hosco y silencioso, y en el contraído semblante, leíase la resolución de aquella mañana: ¡No lo perdonaré!

Comenzaba ya a anochecer, cuando se presentó Atanasio en compañía de un hombre y tres mujeres, amigos de la familia; hallábanse todos sombríos y cabizbajos, como oprimidos por un peso enorme, y en los ojos del muchacho percibíanse claras huellas de llanto. Rosa abarcó en un instante todos estos detalles, y un dolor sin nombre le desgarró el corazón, abalanzose a su hijo y lo agarró por un brazo, escudriñándole el rostro, como queriendo adivinar la verdad de su respuesta.

—¿Ahónde está Fermín?, ¿por qué no viene?

Atanasio respondió que no sabía; en vano había recorrido los alrededores, interrogando a cuantos hallara, todas las pesquisas resultaban inútiles y no aparecía en ninguna parte.

Nublose la vista a Rosa y prorrumpió en desesperado, amargo llanto.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! El grito que yo oí era el de él, ¡mi hijo se ha ahogado!

Rodeáronla las mujeres, prodigándole consuelos; en tanto el hombre hizo una seña al sorprendido Pedro, y bajó con él. Relatole entonces que Fermín había sido visto aquella mañana, desnudo de medio cuerpo arriba, metido en el río pescando camarones, y que luego, al mediar las doce, habíase escuchado aquel horrible grito que no fue repetido. ¿Lo habría atacado el caimán hallándole descuidado? Podía creerse que sí.

Pedro bajó la cabeza haciendo esfuerzos por detener las lágrimas; todo su rencor se desvanecía ante la sospecha del horroroso fin de su hijo. Empero, aún la duda le asaltaba. ¡Era preciso convencerse, cerciorarse, tener la evidencia de la verdad! Había pues que buscar cuanto antes, aun cuando debieran pasar en ello toda la noche. Llamó a Atanasio pidiéndole un farol y, reunidos los tres, emprendieron la marcha.

Al llegar a la ranchería, cuyos habitantes hallábanse en movimiento con la nueva de la probable desgracia, inquirieron noticias sin conseguir averiguar nada; nadie sabía de Fermín, solo dos o tres aseguraban haber oído en dirección al río el angustioso lamento.

Acompañados de buen número de hombres y mujeres provistos de luces, se dirigieron al río, explorando la orilla y lanzando al viento con estentóreas voces el nombre de Fermín. Tal vez se había extraviado y podría oírlos, ¡vana esperanza!

solo el viento de la noche se dejaba oír moviendo el follaje de los árboles, y el río permanecía silencioso e imponente en las negruras de sus grandes masas de lechuga.

Entonces Andrés creyó oportuno aportar un dato: Fermín debía haberse dirigido aquella mañana bajo el pechiche grande a pescar camarones, pues así habíaselo dicho la tarde anterior. Dirigió el grupo sus pasos en dirección al pechiche, y apenas las luces iluminaron las hierbas que lo cercaban, viose blanquear un objeto, que al momento fue reconocido como la camisa a rayas blancas y azules que vestía Fermín; al lado de ella, un casco de coco contenía un poco de agua, en que se rebullían vanamente algunos camarones. Cáscaras de fruta esparcidas en el suelo probaban que el muchacho había hecho allí su almuerzo; las huellas impresas en la tierra húmeda de la orilla indicaban el sitio donde entró en el agua. La duda no era posible, la camisa y camarones abandonados decían claramente que el infeliz había sido sorprendido durante la pesca sin tener lugar más que para lanzar aquel grito. El drama se reconstruía por sí solo, y aquel sitio era donde únicamente debía buscarse.

Embarcados en canoas y provistos de pértigas recorrieron el río, explorándolo con las luces y hurgando los lechugales; nada de extraño vieron, ni tampoco encontraron cosa alguna. Las aguas, oscuras y dormidas, guardaban celosamente su secreto. Grupos de gallaretas, sorprendidas por la claridad de los faroles, aleteaban asustadas entre la lechuga, dejando oír sus penetrantes gritos.

A las tres de la mañana la cuadrilla, rendida y desanimada, resolvió retirarse, viendo la inutilidad de sus pesquisas.

Despidiéronse de Pedro, ofreciéndole continuar la busca al siguiente día.

Padre e hijo, empapados y llorosos, regresaron silenciosamente a su rancho, conduciendo por todo hallazgo la camisa de Fermín.

Rosa los guardaba en el reducido dormitorio, vivamente iluminado por dos velas colocadas ante una estampa de la Virgen María pegada en la pared. Habíanse retirado las amigas, y Teresa dormía hacía tiempo, con el sueño invencible de la infancia; solo la madre había velado, esperando ansiosamente, e implorando de la Virgen piedad para su angustia. Al ver a Pedro y Atanasio presentarse solos, se quedó yerta.

Pedro, con la frente inclinada y la voz enronquecida, relató cuanto había hecho en su busca, y el único dato recogido: la camisa abandonada.

—¡Oh, Madre de misericordia! ¡María Santísima! —clamó la desventurada anegada en llanto, y cayendo de rodillas ante la imagen, con las manos tendidas en desesperada súplica—. ¡Virgen mía!, ¡madrecita de mi alma!, ¡devuélveme a mi hijo!, ¡no permitas que mi hijo haya muerto!, ¡castígame, pero no en él! ¡Ay, yo no puedo pensá, me vuelvo local!, ¡cómo va a ser posible que se lo haiga comío el lagarto!, ¡ay, mi hijo!, ¡mi hijo de mis entrañas!, ¡yo quiero mi hijo!

Y se abatía contra el suelo, con los cabellos esparcidos y en desorden, retorciéndose las manos, sollozando, besando frenética la camisa que estrechaba sobre su corazón, como si fuese un pedazo del hijo ausente. De nuevo volvía a alzarse, y de nuevo prorrumplía en desgarradores lamentos.

Transcurría la noche, y Pedro, sentado en el suelo, lloraba en silencio, torturado por el dolor y los remordimientos,

sosteniendo reclinada en su hombro la cabeza de Atanasio, quien había comenzado también por llorar acabando por dormirse.

III

Hacia rato que clareaba el día, cuando llegó Andrés corriendo, pálido y despavorido.

—¡Don Pedro! —gritó jadeante, desde el patio—. ¡Don Pedro, venga a ver lo que hay en la lechuga!

Desatinada y loca, se precipitó Rosa, que bajó por la escalera, seguida de igual modo por su marido e hijos.

Rápidamente llegaron al fatal pechiche, donde ya les había precedido un numeroso grupo, compuesto de hombres, mujeres y muchachos, mirando todos ansiosamente hacia el río. Miraron a la vez y vieron que el lechugal hallábase disgregado, deshecho, roto en un gran espacio como si en él hubiese maniobrado una fuerza enorme, algo como la hélice de un vapor. En el sitio en que el agua veíase libre de plantas, flotaba un bulto blanquecino, manchado profusamente de rojo.

—¡Una canoa!, ¡una canoa! —gritó Pedro, corriendo enloquecido a la orilla y embarcándose, acompañado de varios hombres, en una de las canoas que habíales servido la noche anterior.

Con dos golpes pértiga llegaron al sitio, uno de los hombres cogió el blanquecino objeto embarcándolo en la canoa y al fijar en él Pedro los ojos, llevose desesperado las manos a la cabeza y se tambaleó como si lo hubiese herido una bala, contuviéronle sus amigos y la canoa volvió rápidamente a la

orilla. No bien en ella, Pedro se arrojó de bruces en tierra, llorando a gritos y mesándose los cabellos.

Las mujeres rodeaban a Rosa, cuyos alaridos subían al cielo, y trataban de detenerla para librarla del horrendo espectáculo. Los hombres y muchachos agrupábanse trémulos de horror en torno del fúnebre hallazgo depositado en la hierba; de todos los ojos corrían lágrimas y de todos los pechos brotaban sollozos. Allí tenían, ante la vista, cuanto restaba de Fermín: un tronco desnudo y sangriento, sin cabeza, brazos, ni piernas, desgarrado todo por las uñas del caimán con profundos y espantosos surcos, sin duda al detenerle entre ellas, en tanto que con los dientes arrancaba la cabeza y miembros. Los sitios correspondientes a estos formaban horrosas llagas, colgando piltrafas y tendones.

Haciendo un esfuerzo supremo, desgarrándose en la lucha de los vestidos y la carne, consiguió Rosa librarse de las manos que la sujetaban y con ímpetu irresistible se abrió paso entre el aterrorizado grupo. Al hallarse ante lo que restaba de su hijo, palidez cadavérica, terrosa, le cubrió el semblante, descompusósele este en indescriptible mueca de dolor y espanto, desorbitáronse los ojos y un lamento, un alarido taladrante, desgarrador, salvaje, se escapó de sus amoratados labios; tendió los brazos como tratando de asir aquella cabeza que faltaba, y dando un traspié cayó con brutal violencia de cara contra el suelo.

Precipitáronse las amigas en revuelto montón, la condujeron en sus brazos a su rancho. Lo restante del grupo, sosteniendo a Pedro y portando el fúnebre hallazgo, completaba la tristísima procesión, salmodiada por sollozos y

gemidos, entre los que sobresaltaban las agudas voces de Atanasio y Teresa.

Los amigos, queriendo librar a los infelices padres de que renovasen la vista del espantable resto, condujéronlo inmediatamente, envuelto en blancos lienzos, al cementerio cercano.

A pocos días del suceso, perseguido el caimán con redoblada saña, fue cogido con cazonete y abierto a hachazos en toda su longitud. Halláronle dentro gran cantidad de huesos limpios ya, y una mano de mujer cubierta de sortijas e intacta aún; testimonio mudo de otro drama que jamás pudo ser averiguado.

Tres meses después, Rosa fue enterrada al lado de Fermín, le había sido imposible olvidar, y si en su constante llanto llegaba a sus oídos el grito de las gallaretas, testigos únicos que sin duda fueron de la agonía de su hijo, trocábase su dolor en desesperación que concluía en terribles convulsiones.

Pedro, roído por el pesar y los remordimientos, entregose a la bebida; Atanasio y Teresa fueron remitidos a un asilo y el abandonado rancho derrumbose pronto, como si también a él le hubiese alcanzado el peso de la maldición.

Se ha perdido una niña

Cuento al estilo viejo (al margen de los libros románticos)

JOSÉ DE LA CUADRA



Mi primo Claudio

La narración que ahora reproduzco, y la cual su autor calificó de poemática, la escribió mi primo Claudio poco antes de morir. Estaba entre sus papeles íntimos que heredé, por voluntad de nuestra tía Sagrario, junto con una caña de Malaca, veinte novelas de Felipe Trigo, un par de tiradores Presidente y varias corbatas a vivos rojos. Mi primo Claudio gustaba mucho de los vivos rojos en las corbatas, en los pañuelos y en los calcetines. También gustaba del ron aferrante y de la cerveza helada. En sus frecuentes madrugadas bohemias prefería trasegar vasos de leche-triga, esto es, leche con puro de 21°. Claudio murió a los dieciocho años, en flor de juventud y en olor a beodez, cierta noche plenilunar de mayo. Lo mataron a tiros, en el cabaret grande de la calle Machala, tres gringos del Santa Clara, vapor que estaba al ancla en la rada, cumpliendo su escala. Los gringos habían ido a bailar al cabaret, llevando consigo una rubia muy pintarrajeada.

Entre las debilidades de mi primo se contaba la de creerse bello como Antonio y atrayente como don Juan; así, emprendió de inmediato la conquista de la mujerzuela.